

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO I [23]

Primera Parte: El Hombre

2026

Meditación (día 4)

En los primeros puntos de estos ejercicios ignacianos vamos a comenzar con el Principio y Fundamento. Veremos, en esta Meditación, la primera parte que habla sobre la creación del hombre.

ACTOS PREPARATORIOS

[23] PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

Como ustedes saben, después de escuchar y ver estos puntos, ustedes tienen que rezar, hacer propiamente el ejercicio. Ahora vemos los puntos de reflexión; el ejercicio lo hacen ustedes después de los puntos de reflexión, rezando.

En ese ejercicio, en esa oración, lo primero que hacen es la oración preparatoria que en el Libro de los Ejercicios está en el número [46]. Ustedes tienen que pedir la gracia para hacer todo por amor de Dios, para servir a Dios en su oración y en todas las cosas, con las palabras que nos enseña San Ignacio en el número [46] de los Ejercicios.

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: Composición de lugar

Después tienen que hacer la composición del lugar, imaginarse un lugar, una situación en la cual ustedes están.

Será aquí imaginarme, verme delante de Dios, de la Virgen y de todos los Santos que esperan que yo los ame. Esto es una imaginación, pero es una realidad. Dios, la Virgen y todos los Santos van a estar viendo como yo hago este ejercicio y esperan que el fruto de este ejercicio sea que yo me decida a amar a Dios con todas mis fuerzas.

2º preámbulo: Petición

Alcanzar el conocimiento interno del fin para el cual el hombre fue creado; y fuerzas para obrar en consecuencia. Yo le tengo que pedir a Dios en este ejercicio la gracia de

comprender el fin para el cual yo fui creado, darme cuenta cuál es el sentido de mi vida; no algo meramente teórico sino realmente vivir, sentir, percibir cuál es el sentido de mi vida - que es el motivo por el cual Dios me creó-, y después viendo que el sentido de mi vida es ese, tener fuerza para trabajar y conseguirlo.

PUNTOS DE REFLEXIÓN

Vamos a los puntos de reflexión que ustedes tienen que usar como materia de meditación.

San Ignacio comienza sus Ejercicios con algo que él llama «Principio y Fundamento». Se trata de una serie de verdades que tienen una unidad lógica -son verdades que se van casi deduciendo matemáticamente unas de otras- y que nos enseñan cómo debe ser nuestra relación con Dios y cómo debe ser nuestra relación con las cosas creadas.

Veamos ahora la primera parte de este Principio y Fundamento. Nosotros lo vamos a dividir en tres partes. En este video, en este punto de reflexión, en este ejercicio, vemos la primera.

Dice San Ignacio:

[23] *El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima.*

Son tres cosas las que vamos a ver:

- 1) El hombre es creado
- 2) Para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor
- 3) Y mediante esto salvar el alma.

1) El hombre es creado.

Tiempo presente

Lo primero que dice San Ignacio es eso: «*El hombre es creado*»; y es interesante que usa el tiempo presente, «**es**». No dice: «el hombre fue creado». No me refiero solamente a que el hombre fue creado cuando creó a Adán. También, incluso en mi caso, no es que yo fui creado cuando fui concebido en el seno de mi madre. No. El hombre **es** creado; yo soy creado en este momento Dios me está creando. Quiere decir que Dios nos está creando en este momento; eso es lo que quiere decir la frase de San Ignacio. No sólo nos creó, sino que, con su creación continua, nos conserva continuamente en el ser.

La creación es algo continuo; no es algo pasado. Con su creación continua, Dios nos conserva continuamente en el ser. Me creo, sí; pero me está conservando, me está creando en este momento; y de esto, nosotros tenemos una cierta percepción de que Dios me está creando en este momento. Tenemos una cierta percepción, y pongo este ejemplo.

Ejemplo de dolor

Nosotros tenemos en ciertas ocasiones una especie de percepción de esta verdad, es decir, de la dependencia absoluta y continua que tenemos de Dios en todo momento.

Un ejemplo es éste: cuando nos pasa algo malo le preguntamos a Dios: ¿Por qué? Tengo un dolor, ¿por qué?; tengo un accidente, ¿por qué?; se muere un ser querido y le pregunto a Dios «¿por qué?».

Este preguntarle a Dios, el por qué permitió eso malo que nos pasó, nos muestra un reconocimiento de parte nuestra de que todo lo que nos pasa depende de Dios. Si yo tengo una enfermedad y le pregunto a Dios «por qué», es porque en el fondo reconozco que dependo de Dios; que, si Dios quisiese, esta enfermedad no la tendría; que Dios me podría dar la salud. Le pregunto a Dios: ¿Por qué murió mi mamá? Eso quiere decir que yo reconozco que Dios le estaba dando la vida y que permitió su muerte.

Al lo largo de todos estos ejercicios, vamos a comprender **cómo todo lo que nos pasa es en realidad amor de Dios**. Pero más allá de explicar por qué Dios permite nuestros males, nuestros sufrimientos, y nuestros dolores, lo que queremos resaltar en este momento es que **la pregunta que le hacemos a Dios nos muestra que en el fondo reconocemos que dependemos totalmente de Él**. Entonces, Dios me está dando la vida, Dios me está dando la salud. Tanto es así que, si la pierdo, le pregunto: «Por qué me la quitaste?, ¿por qué no la tengo más?

Dar gracias

Ahora, la pregunta que nos podemos hacer: ¿Y por qué nos acordamos de que dependemos de Dios en el momento que Dios no nos da más un regalo? Por ejemplo: el regalo de la salud. En algún momento nos quita ese regalo de la salud; Él sabrá por qué. Siempre es para nuestro bien. Pero Él nos quita el regalo de la salud y ahí nos acordamos de que Dios nos da la salud, pero no nos acordamos que Dios nos da la salud cuando la tenemos.

En este momento, Dios me está dando la vida, Dios me está dando el ser, Dios me está dando la salud, Dios me está dando la posibilidad de hablar, Dios me está dando la posibilidad de hacer el bien. Son todas regalos que Él me da continuamente. Dios me está creando. Por eso, **tenemos que dar gracias**. Si admitimos entonces que lo que nos pasa depende de Dios, tenemos que reconocer que Dios nos está dando continuamente la vida, que absolutamente todo lo que tenemos es gracia de Dios, que Dios nos está creando en todo momento. Si la vida nos la diésemos nosotros, no moriríamos nunca. El hecho de que muramos quiere decir que la vida es un regalo que Dios nos está dando en todo momento. Dios me crea. Dios me está creando.

Dios no depende de nosotros; crea por amor

Una otra cosa que tenemos que reflexionar o que podemos reflexionar con esto de la creación, -que el hombre es creado-, es que Dios no depende de nosotros; y que, por ende, si Dios no depende para nada de mí y me crea, ¿por qué me crea?; si Dios de mí no saca ningún beneficio, ¿por qué me crea? Evidentemente que por amor. Entonces tenemos que ver en esta creación continua de Dios que me está continuamente creando, **un continuo manifestar Su amor por mí**.

Dios no depende de nosotros; eso es súper evidente. ¿Saben por qué yo sé que Dios no depende de mí? ¡Porque de Dios me olvido tantas veces! Entonces, si yo me olvido de Dios

tantas veces y sin embargo Dios es Dios, es señal de que Dios no depende de mí; pero Dios no se olvida de mí porque yo dependo de Él. Entonces, yo dependo totalmente de Dios, me está creando en todo momento, en todo momento me está dando la vida; pero Dios de mí no depende para nada.

Entonces, ¿por qué nos crea si no depende de mí para nada? La única respuesta posible es que **nos crea sólo, pura y exclusivamente por amor**. Pero si Dios nos crea sólo por amor, es señal que todo lo que sucede es para mi bien; porque si Dios me está creando continuamente y lo hace por amor, evidentemente todo lo que me pasa es para mi bien; y cuando tengo una enfermedad, es para mi bien. Hay veces que yo no lo sé; así como un médico que a veces te da una medicina que es fea o dolorosa y no sabes bien para qué sirve, pero él sabe y es para tu bien; así, las cosas que Dios nos da son siempre para el bien de nuestra alma; y a veces me da la salud para el bien de mi cuerpo y para el bien de mi alma, y a veces me da la enfermedad, pero también para el bien de mi alma siempre, porque Dios me crea y me crea por amor. Entonces, todo lo que Él está causando en mi vida es signo del amor que Él me tiene. Todo esto tenemos que reflexionar cuando reflexionamos de que somos creados.

2) Para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor.

San Ignacio dice que *«somos creados para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor»*. Dios nos pide esto, -alabarlo, hacerle reverencia y servirlo-, y muchas personas cometen un error cuando aprenden que Dios nos pide cosas: que lo alabemos, que le hagamos reverencia, que lo sirvamos, que lo obedezcamos, que cumplamos lo que Él nos manda -los Mandamientos-; pero ¡atención!; en este pedido debemos ver un acto de amor de Dios. Él me crea, no me necesita. Él me crea, no depende de mí. Entonces, si Él me crea y me pide que yo lo sirva, en realidad no es porque Él necesita de ese servicio, ¡no depende de mí! Me pide que yo lo sirva porque, el que yo lo sirva, me hace bien a mí. En realidad, Dios lo hace para nuestro bien; nos pide que lo alabemos, que le hagamos reverencia y que lo sirvamos, pero para nuestro bien, no porque Él lo necesite, **¡y lo deja a nuestra libertad!**

Puedo yo no servirlo, puedo yo no alabarlo, puedo yo no hacerle reverencia ¡No me importa Dios, lo puedo rechazar! Evidentemente, después me tengo que hacer responsable de las consecuencias, porque si Dios me crea para alabarlo, y alabarlo me hace bien, evidentemente que, si no lo alabo, eso me va a hacer mal; y entonces si yo elijo no alabarlo, tengo que después asumir las consecuencias del mal que se sigue. Lo deja a mi libertad, porque no se puede alabar si no se alaba libremente, porque no se puede servir de verdad si no se sirve libremente, y entonces lo deja a mi libertad. Me pide que yo lo alabe, que le haga reverencia y que le sirva para mi bien. Lo deja a mi libertad porque es el único modo de servir de verdad, auténticamente, y como depende de mi libertad, yo lo puedo rechazar; pero si lo rechazo, me hace mal porque aceptarlo me hace bien. Si rechazarlo me hace mal y yo lo rechazo, asumo yo las consecuencias.

Dios lo hace para nuestro bien. Ejemplo del papá

Dios lo hace todo para nuestro bien. Y pongamos un ejemplo; el ejemplo -yo pongo mi ejemplo- que es el ejemplo de mi papá: cuando yo era chico, mi papá me llevaba a todas

partes; mamá se quedaba en casa preparando las cosas; mi papá trabajaba todos los días de lunes a viernes; el sábado a la mañana estaba en casa y entonces el sábado comíamos más lindo al mediodía. Mi mamá se quedaba en la casa preparando todas las cosas, y con mi papá íbamos a hacer las compras de la comida, de las cosas que necesitábamos para casa. También, el sábado lo aprovechaba para arreglar alguna cosa que en la casa se había roto; arreglaba mi papá un enchufe, por ejemplo, o algo, y yo le pasaba las herramientas y aprendía a arreglar las cosas; y en esas caminatas a comprar, y en esas cosas que arreglábamos, hablábamos mucho. Conversaciones de nene, yo era un nene. Mi papá, ¿necesitaba mi ayuda? Claro que no. Si la necesitaba era sólo para amarme, para tenerme cerca y enseñarme, para hablarme y hacerme el bien. Así es Dios con nosotros. Si nos pide que los sirvamos, si nos pide que cumplamos Sus Mandamientos, es para nuestro bien, para poder hacernos más bien todavía porque **todo bien viene siempre de Dios**.

Amar a Dios es alabarlo, hacerle reverencia y servirlo

Dios me crea para amarlo y amar a Dios es alabarlo, hacerle reverencia y servirlo. Dios me crea para estar con Él, para estar unido a Él porque la unión con Él me hace bien y, evidentemente, la unión con Él es mediante el amor porque es un ser espiritual, y los seres espirituales se unen no físicamente, como las sardinas en una lata, sino que se unen espiritualmente por el amor, y es una unión mucho más profunda, y así quiere Dios que yo esté unido a Él por mi bien, porque Él no me necesita, y entonces quiere mi amor, desea mi amor, pero por mi bien. Y, ¿cómo es mi amor por Dios? Alabándolo, haciéndole reverencia y servirlo.

Lo explicamos rápidamente:

Uno ama cuando trabaja por el bien del otro, o se alegra por el bien del otro. Si el otro ya tiene el bien y uno no necesita trabajar por el bien del otro, uno, si ama, se alegra o se entristece por el mal del otro. Si uno no puede trabajar por el bien del otro y no puede conseguir que el otro tenga el bien, y el otro tiene el mal, se entristece. Si mi mamá está enferma, yo trabajo por su salud porque la amo; y si está sana, me alegro; y si no puedo hacer nada por su salud, me entristezco.

Entonces, el amor significa eso: trabajar por el bien del otro, alegrarse por el bien del otro, entristecerse por el mal del otro. Y si yo necesito para mi bien estar unido a Dios y amarlo, y por eso Dios me lo pide, **amarlo es trabajar por el bien de Dios, alegrarme del bien de Dios, entristecerme del mal**. Entonces, es verdad que yo por el bien de Dios no puedo hacer nada porque Dios es Sumo bien; pero sí me puedo alegrar por su bien y puedo trabajar, no por el bien de Él, pero sí para que se cumpla Su plan, el plan que Él tiene por el mundo.

Entonces, vayamos así por partes:

- * Amo a Dios, me alegro por su bien; y esta alegría que tengo por el bien de Dios se exterioriza alabándolo y haciéndole reverencia. Estos alabar y hacerle reverencia se vive en la oración litúrgica, se vive en la oración personal. Este alabar y hacer reverencia a Dios se vive en el recuerdo frecuente de Dios durante la jornada; en el ofrecerle las cosas que hago, por ejemplo, voy a trabajar, estudio,

leo, hablo con una persona, recuerdo a Dios, y le ofrezco eso que estoy haciendo, aceptando Sus disposiciones, las más simples, por ejemplo: iba a tomar el colectivo para ir al trabajo y lo perdí; en vez de enojarme, hago el acto de paciencia y lo acepto. Me alegro por lo que Dios va disponiendo porque lo amo y entonces me alegro de lo que Él dispone.

- * ¡También puedo servir a Dios! A pesar de que Dios no me necesita, también lo puedo servir. Lo hago particularmente cuando trabajo para el cumplimiento de Su plan de Redención; es decir, cuando me esfuerzo por la conversión de los pecadores, cuando trabajo para que Dios sea conocido y amado y alabado por los otros, cuando le hago el bien al prójimo que el mismo Dios ama y, entonces, yo hago lo que a Él le gusta. Lo sirvo y alabo cuando cumplo lo que Él me pide, cuando obedezco Sus Mandamientos, cuando me esfuerzo en seguir los ejemplos de Jesús y vivir el espíritu de las Bienaventuranzas.

En definitiva, amar a Dios es unirme a Él; y esta unión se da cuando lo alabo, cuando le hago reverencia y cuando lo sirvo.

Con el 100%

Este propósito de amar a Dios, alabar, hacer reverencia y servirlo, hay que hacerlo con el **100% de nuestras fuerzas**. Supongamos que yo no amo a Dios para nada, no lo alabo, no lo sirvo, tampoco es que diga que lo odio, pero me olvido de Él totalmente y es como si no existiese, no le hago reverencia; mi vida pasa a no tener sentido porque mi vida fue creada para eso y en eso alcanza el bien.

Imagínense un edificio que fue construido; se gastaron miles y millones de dólares, se hizo toda la estructura, se empezó a hacer alguna pared, se acabó, no se terminó, no llegó a su fin. Todo lo que se gastó en eso no tiene sentido, es inútil. Así es mi vida cuando no alabo, hago reverencia y sirvo a Dios, porque mi vida es para eso. Así como el edificio es para ser habitado y, si no se termina y está abandonado, todo lo que se puso ahí es inútil; mi vida es inútil si no cumple con ese fin de alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor; y si lo hago mitad y mitad, estoy tirando la mitad de mi vida. Todo lo que no use para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor no sirve para nada, porque mi vida tiene ese sentido.

Entonces, es algo que hay que hacerlo con todas mis fuerzas. Ese es el punto. **Con el 100%**; porque si uso la mitad, estoy tirando la otra mitad; y, además, si uso la mitad, no sé si estoy usando la mitad; porque si mitad de mi amor va por Dios y mitad de mi amor va por el celular, ¡qué!, ¿yo amo a Dios igual que al celular? Eso no es amar a Dios; y entonces, si yo amo mitad y mitad a Dios y al celular, a Dios le estamos dando cero porque no es amar a Dios compararlo con un celular. «No. ¿Saben qué? Amo 90% a Dios y 10% al celular». Igual eso es cero porque no puedo decir que Dios es nueve veces más grande que un celular. **A Dios hay que amarlo con el 100%, y entonces toda mi vida tiene que ser usada para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor;** y entonces yo me tengo que ingeniar para que en cada cosa que hago eso sea una alabanza y un servicio de

Dios. Hay que amarlo como dice el Primer Mandamiento: «*con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas*».

3) Consecuencia: salvar el alma.

Las consecuencias de este amar a Dios es salvar el alma; porque si yo estoy unido a Dios toda la vida, cuando me muera, sigo unido a Dios y voy al Cielo; en cambio, si yo no amo a Dios, estoy alejado de Dios, rechazo en el fondo a Dios, cuando me muera, ¡qué!, ¿voy a vivir unido a Dios?; ¡sigo rechazándolo, sigo en ese estado espiritual! Si yo no amo a Dios, me muero, ¡ya está! Después, en la otra vida, no hay cambio de propósitos, no hay arrepentimiento, **la voluntad se fija; el tiempo del cambio es éste**. Si yo me muero sin amar a Dios, en la otra vida no voy a amar a Dios y, evidentemente, no voy a poder estar en el Cielo si no amo a Dios.

Es absurdo pensar que en el Cielo hay alguien que dice: «¡Uy! Yo entre acá; pero en realidad no amo a Dios»; porque la esencia del Cielo es estar unido a Dios, y la unión con Dios es con el amor porque son seres espirituales. Entonces, es contradictorio que alguien que no ame a Dios esté en el Cielo. Si yo no amo a Dios, la consecuencia es que no puedo estar en el Cielo; en cambio, si yo amo a Dios, es decir, lo alabo, hago reverencia y lo sirvo, la consecuencia es que voy a estar en el Cielo. Por eso, **la consecuencia de todo este amor por Dios**, que es alabar, hacer reverencia y servirlo, **es salvar el alma**.

En resumen:

Dios me crea para mi bien. Me pide que lo ame para mi bien. Si acepto el don de Dios y cumplo con Su Voluntad, lo sirvo, lo alabo, le hago reverencia y salvaré mi alma. Pero, si rechazo a Dios en esta vida, viviré en la otra vida en una situación de rechazo de Dios.

¿Qué tenemos que hacer? Simplemente amar al que nos ama porque **todo el don de Dios es signo de su amor**. Tenemos que amar al que nos ama y dejarnos convencer por el amor de Dios y dedicar nuestra vida a alabarlo, a hacer reverencia y servir.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Las preguntas que yo me debo hacer en este Ejercicio, en esta oración, son estas:

- * ¿Soy consciente de que toda mi vida depende de Dios, de que me está creando continuamente?
- * ¿Esa conciencia es frecuente, a lo largo del día, o sólo muy rara vez, una vez por mes? Pienso en eso.
- * ¿Busco amar a Dios con todas mis fuerzas para cumplir el sentido de mi vida?
- * ¿Busco en todas las cosas que hago, servirlo, alabarlo, hacerle reverencia?
- * Hacer un examen de conciencia.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.